

Viaje y escritura de las mujeres del Nuevo Mundo

Las mujeres latinoamericanas tienen que tomar conciencia de la enorme diversidad de un continente que, de tradición colonial y según muchas culturas indígenas, privilegia el poder masculino. Su pasado es fragmentario, trazado y juzgado desde una posición canónica, fundamentalmente masculina, propensa a silenciar, ignorar o desvalorizar las voces femeninas, que hay que reconstruir juntando pedazos de existencia de los cuales a menudo es complicado recoger los testimonios. El silencio impuesto a las mujeres ha hecho difícil la creación de una historia unificada, y es necesario encender esa luz que ilumine un espacio donde la mujer pueda tener voz propia y donde pueda incorporar sus historias volviendo a escribirlas en su especificidad, transformándose por lo tanto en sujeto activo y productor de un discurso propio, una respuesta a ese masculino.

La concepción española medieval heredada por el Nuevo Mundo tuvo un papel decisivo en las raíces misóginas de América Latina. La educación y la formación intelectual de la mujer representaban una violación de su castidad, causa de su degradación moral.

Por eso sus experiencias son escasas, relegadas al ámbito doméstico o monacal, centradas en la intimidad y en lo cotidiano. Falta la relación entre lenguaje y realidad, entre experiencia y escritura, fundamental en la construcción del sujeto.

Sus escritos nacen dentro de una relación de poder, la del patriarcado y en una época, entre Ochocientos y principios del Novecientos, que es un momento importante por coincidir con el triple proceso de descolonización, formación de los estados nacionales y neocolonialismo. A partir de este momento América Latina se pone en el centro de un proceso de indagación que llevará a una reformulación de su imaginario y de sus relaciones con el exterior, sobre todo con España y Norteamérica.

El nuevo proceso de formación personal, pues, está subordinado al concepto de identidad nacional, fuertemente vinculado este último a la influencia de los movimientos independentistas y a las nuevas formas de imperialismo, británico y francés, portadores del capitalismo, que se implantan entre 1870 y la Primera Guerra Mundial.

Ambos mecanismos, además de la herencia del colonialismo español, establecen un referente cultural, una suerte de comunicación con y sobre el otro, que permite medirse con parámetros culturales diferentes. En la diferencia es posible encontrar las bases para construir la homogeneidad de la identidad.

La escritura de las mujeres se desarrolla a partir de la adquisición de los derechos sociales

y políticos y de un espacio para su cuerpo, sus pensamientos, su imaginación, en una sola palabra, para su libertad.

El nuevo compromiso de las mujeres con la causa latinoamericana en los albores del siglo XX, marca el inicio de las peregrinaciones intelectuales y políticas. Las mujeres que viajan poniendo por escrito sus experiencias cruzan las fronteras con el propósito de crear un colectivo femenino, y luchan por redefinir el vínculo entre subjetividad, viaje y escritura.

La escritura de viaje articula entonces la propuesta de identidad: no se trata de la página blanca que las crónicas de Indias tuvieron que escribir, sino de una identidad a reformular, individual y colectiva, que descompone las relaciones entre colonia/imperio y se interpone en el proceso de reinención ideológica de América. Una identidad colectiva sobre todo entre mujeres que lleva a la constitución de una subjetividad romántica, íntima y privada, pero que logra abrir las puertas de la domesticidad.

El viaje es, pues, experiencia de formación, rechazo de la domesticidad y construcción de la propia identidad. Identidad continental y nacional a la vez que es la clave de la americanidad.

Las mujeres empiezan a reunirse, a salir de los esquemas impuestos y de sus fronteras geográficas, a confrontarse, a organizarse en grupos, que desembocarán en los movimientos feministas, volviéndose un canal de comunicación y de información incluso para esas mujeres que aún no saben que se puede luchar.

Ponen en duda la validez de los discursos heredados del mundo masculino, del cual rechazan la figura paterna como modelo de significación social; y promueven la amistad entre mujeres que conduce a una nueva reestructuración del yo y a una nueva conciencia del cuerpo.

Las mujeres salen a la luz y ya no escriben encerradas en sus casas, en conventos o en prisiones. Viajan para huir de la realidad, para dar un sentido a sus vidas o para buscar su esencia. Son verdaderas “transculturadoras” y articuladoras de las diferencias, y su escritura no es algo homogéneo, no confluye en una sola mirada y no responde a una sola voz: es una pluralidad de escrituras, de voces y de pensamientos, una mezcla poliédrica y variada.